



LA ENSEÑANZA ESPIRITUAL

—SOBRE LA CERCANÍA ENTRE MAESTRO Y DISCÍPULO—

Por Claudio Dossetti

La enseñanza espiritual consiste en que el Maestro trate de hacer que el alma del discípulo adopte y se establezca en el camino que conduce a Dios, dejando a un lado todo aquello que pueda apartarlo de la Presencia del Divino Señor.

Dicho de otro modo, la enseñanza espiritual no radica en transmitir ideas diversas acerca del alma, el mundo, el ser humano, el universo, los sistemas de filosofía, etc., sino en tratar de que el discípulo o hijo espiritual poco a poco vaya adoptando un modo de ser y de comportamiento acorde a la Vida Divina.

Esta enseñanza dista mucho del mero hecho de brindar conocimientos adquiridos a partir de libros —a lo cual usualmente y de modo coloquial llamamos “conocimiento intelectual”—, los cuales en muchas ocasiones tienden a llenar de palabras nuestra mente, a atiborrar nuestra memoria, a confundir nuestro corazón, y a veces a hacer que nuestro ego se torne un tanto obeso.

Cuando nuestra Madre nos habla de la célebre frase de los *Shiva Sûtras* que nos dice *Jñânam Bhandah*, esto es, “el conocimiento (*Jñânam*) es una atadura (*Bhandah*)”, o bien, “el conocimiento es un obstáculo”, nos habla precisamente de ese tipo de conocimiento huero que sólo consiste en palabras, pero que se halla desprovisto de fulgor espiritual y de Conciencia Divina, y que, por lo tanto, es tan sólo una acumulación de materia verbal, que hace que nuestro corazón se torne pesado y oscuro, y que nos lleve hacia abajo, es decir, hacia lo terrenal. Ese conocimiento vano se asemeja a la cáscara de una fruta, pero sin pulpa ni semilla en su interior, es decir, es estéril.

Este conocimiento material y la enseñanza espiritual son dos cosas opuestas, como lo son la sombra y la luz, la noche y el día.

La enseñanza espiritual se halla pletórica de vida, de devoción, de conciencia de Dios y de un amor puro, por parte del Maestro hacia el discípulo o hijo espiritual, y de éste hacia su Maestro, todo lo cual trasciende largamente a las palabras.

Una de las características de la enseñanza espiritual es la cercanía entre Maestro y discípulo.

La misma palabra sánscrita *Upanishad* —que tradicionalmente se utiliza para designar a las enseñanzas recibidas de Dios Mismo por los antiguos Sabios Iluminados, llamados *Rishis*— hace referencia a esta imprescindible proximidad entre

Maestro y discípulo, siendo uno de sus significados “estar sentado con devoción cerca del Maestro”.

Ello es así porque el Maestro —digámoslo una vez más— más que palabras enseña una actitud devota ante el Universo, que es la forma visible de Dios, y ello se puede aprender sólo por cercanía —si ésta se halla acompañada por la devoción—, y con el paso del tiempo, y no de otro modo.

Demos un ejemplo:

Podemos escuchar y leer mucho acerca de cómo se construye una silla, y de este modo llegar a ser eruditos en el tema. Pero hasta que no nos encontremos junto a un maestro carpintero en su lugar de trabajo, rodeado por sus herramientas y por las maderas necesarias para la construcción de la mencionada silla; hasta que no lo veamos construirla, y al mismo tiempo, servirle y ayudarle en su obra; hasta que no aprendamos —en virtud de nuestra cercanía con el maestro carpintero y bajo su atenta guía— a fabricarla nosotros mismos, en verdad nada sabremos acerca de lo que es construir una silla, aunque en nuestra mente imaginemos que lo sabemos.

Lo mismo ocurre con el discípulo y su Maestro.

Una cosa es escuchar que debemos ser compasivos con los animales, en un modo general y teórico; pero otra muy diferente es hallarse junto a alguien que, impulsado por un sentimiento de compasión universal hacia todas las criaturas, da de co-

mer a un perro hambriento, al cual ve como una manifestación de Dios.

Una cosa es escuchar que siempre que podamos debemos dar una dádiva a quien nos la pida, es decir, ayudar al necesitado, a alguien que en la calle pide limosna; pero otra muy diferente es estar junto a alguien que, con gran amor, siempre está pensando en el bienestar del prójimo, a quien ve como Dios, y sólo Dios.

Algo similar ocurre con la oración, la meditación y otros caminos para acercarnos a Dios. Podemos leer y escuchar acerca de cómo hemos de orar, pero mientras no estemos próximo a alguien que ora, recuerda y canta a Dios diariamente, y lo acompañemos en todo ello en la medida de nuestras posibilidades, será difícil para nosotros ingresar en un modo de vida en el cual prime el recuerdo divino.

Recordemos, al pasar, que una tarea cotidiana del discípulo devoto es tratar de erradicar de su corazón toda clase de deseos egoístas, rencores varios, malos pensamientos, recuerdos nocivos, etc., porque todos ellos son obstáculos que casi siempre terminan expresándose en forma de alejamiento y separación, lo cual no es algo que pueda marchar a la par de la Vida Divina y Discipular. Es decir, es tarea diaria del discípulo barrer la habitación de su corazón con la escobilla los buenos pensamien-

tos a fin de que no se acumulen las pelusas de los malos recuerdos.

Mencionemos también que esa proximidad de la que hablamos tiene su raíz en la cercanía interior, es decir, en la devoción que el discípulo posee por su Maestro. La devoción es lo único que nos protege de todo mal y de todo error.

Y por último digamos que esa cercanía es algo que surge de un modo natural, armónico y no forzado cuando el discípulo tiene un corazón puro, un gran anhelo de servir a su Maestro y humildad.

Quiera Dios que podamos seguir desde nuestro corazón el ejemplo de Vida Divina de nuestro *Guru*, que es la Luz que alumbra nuestras vidas: nuestra bondadosa Madre Espiritual.

Om. Paz, Paz, Paz.

*Por el Prof. Claudio Dossetti
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
